

Ruido, Espacio y Comunidad¹

Tecnologías de la comunicación, paisaje sonoro y vida cotidiana en la villa Tucapel Jiménez II de Renca

Sebastian Ureta

Instituto de Sociología, Universidad Católica de Chile

NOTA: borrador final

Introducción

La tercera parte de una de las películas chilenas más exitosas de todos los tiempos, “El Chacotero Sentimental” (1999), transformó la vida cotidiana en las villas de vivienda social en materia de preocupación nacional. A diferencia de lo que había pasado con anterioridad, este debate no estaba enfocado en la mala calidad de las construcciones o en los niveles de criminalidad de las villas, sino en algo bastante más banal: la falta de intimidad que sufrían los habitantes de estos conjuntos. La película contaba la historia de una pareja joven residentes de la villa El Volcán de Puente Alto, y el problema que ellos tenían para tener relaciones sexuales debido a la mala aislación acústica de la construcción.

Este problema con el ruido y la intimidad no es exclusivo de los conjuntos de vivienda social en Chile. Situaciones similares pueden ser encontradas en diferentes conjuntos de vivienda social alrededor del mundo. Por ejemplo, Richard Sennett lo menciona cuando recuerda los comentarios de su madre sobre Cabrini Green, el conjunto de vivienda social en el cual vivieron un par de años cuando él era un niño:

“Lo que inicialmente la choqueo fue el ruido en el exterior. El departamento parecía ‘como un barco sitiado. Alrededor de él, desde temprano en la mañana hasta bien entrada la noche, se erguía un océano de ruido... voces gritando, riendo, gimiendo, chillando’” (Sennett 2003, 8-9)

Este recuerdo refleja de una manera bastante gráfica una situación que es común a los habitantes de conjuntos de vivienda social. Tanto encuestas como estudios de tipo etnográfico muestran que el ruido es uno de los principales problemas con el cual tienen que lidiar los habitantes de este tipo de viviendas. Junto con la violencia y el consumo de alcohol y drogas, e incluso superándolas en ocasiones, el ruido constante siempre aparece cuando se les pregunta a los vecinos por los aspectos que no les gustan de sus lugares de vida actuales.

¿De dónde proviene este ruido? Si uno vive o visita un conjunto de vivienda social, o estudia las quejas específicas de los vecinos, inmediatamente se va a dar cuenta que las fuentes de ruido son diversas. El sonido de voces, y en general de la acción humana, ocupa un lugar entre ellas, pero su centralidad tradicional ha sido desplazada por otra fuente de ruido: el uso de tecnologías de la comunicación, especialmente de equipos de sonido a altos volúmenes. En este contexto el objetivo de este capítulo es estudiar el significado que un grupo de habitantes de un conjunto de vivienda social de Santiago dan al ruido en el ámbito cotidiano, especialmente al ruido producido por el uso de equipos de sonido, intentando estudiar su significado práctico y como éste afecta su calidad de vida.

¹ Una versión extendida de este artículo fue publicada en inglés en el *Journal of Urban Technology*, referencia: “Noise and the Battles for Space: Mediated Noise and Everyday Life in a Social Housing Estate in Santiago, Chile” (2008), *Journal of Urban Technology* 14(3): 103-130”.

1. El ruido en las ciudades contemporáneas

¿Qué es el ruido exactamente? Podemos partir definiendo al ruido simplemente como un tipo o, incluso mejor, una categoría de sonidos. Un punto clave de esta categoría de sonidos es que “físicamente no existe distinción entre un sonido y un ruido... consecuentemente, no es posible definir al ruido basados exclusivamente de los parámetros físicos del sonido” (Berglund 1999, 23). El reconocimiento de un sonido como “ruido” depende exclusivamente de la percepción de un individuo y del contexto en el cual él o ella lo experimente. Este juicio está usualmente basado en muchos criterios diferentes y varía de persona a persona. Sin embargo esta percepción siempre tiene un elemento en común: para que un sonido se considerado un ruido éste tiene que producir algún tipo de molestia. Este aspecto de molestia del ruido queda al descubierto cuando analizamos la etimología de la palabra en ingles para ruido, “noise”. La palabra “noise” viene del latín *nausea* la cual significa “ganans de vomitar, repugnancia o aversión que causa algo” (RAE 2001). Entonces un ruido es siempre un sonido que provoca algún tipo de aversión o molestia en quien lo escucha.

Este carácter de malestar del ruido nos lleva a una segunda característica central del ruido: éste tiende a ser atribuido a sonidos producidos externamente a nuestro campo de acción. Como veremos a lo largo de este artículo, cada vez que las personas usan la palabra ruido (o cualquier sinónimo de esta) se están refiriendo a sonidos producidos por otras personas o cosas. Comúnmente, cuando la gente piensa o habla sobre el ruido “se presentan a sí mismas como personas comunes, razonables y desinteresadas que son, crucialmente, receptores pasivos del ruido que viene de otro lado” (Stokoe 2005, 651). El concepto de ruido es casi siempre externo y pasivo; raramente creado, comúnmente sufrido.

Pero el ruido no es sólo una fuente de molestia o irritación individual. Alrededor del mundo podemos observar una preocupación creciente sobre las consecuencias negativas de éste, especialmente en las áreas urbanas. Incluso el manejo del ruido está empezando a aparecer como uno de los problemas emergentes del cual tienen que hacerse cargo las autoridades, lo cual ha motivado el desarrollo de políticas públicas específicamente diseñadas para su control.

La relevancia de estas preocupaciones está dada por el hecho de que el ruido no es inocuo, sino que

Es una causa bien probada de disminución y pérdida de la audición, así como también una causa de interrupción del sueño, irritación, alteraciones cardiovasculares crónicas, desordenes psiquiátricos, reducción del bienestar psicosocial, reducción de la capacidad cognitiva y deterioro del crecimiento (Schell 2003, 122).

Junto con estos efectos en la salud, el ruido también tiene importantes efectos negativos en la vida social de comunidades e individuos. Pese a que esta área ha recibido bastante menos atención que los efectos en la psico-biológicos, la investigación disponible (Cloonan 2002; Jiron 2003) sugiere que el ruido es un “estresor de la comunidad” (Gee 2004, 1648), el cual, junto con problemas mas tradicionales como la delincuencia o la segregación, contribuye de manera importante al deterioro de la vida comunitaria en las ciudades contemporáneas.

Otro punto central en el estudio del ruido es el hecho de que este, como ocurre con el resto de los problemas urbanos, no se distribuye de manera pareja en la población. Como ha sido ampliamente demostrado (Brainard 2003; De Hollander 2004; Evans 2002) la exposición al ruido de forma cotidiana se asocia de forma negativa con el

ingreso familiar promedio. Los individuos más pobres tienden a vivir en entornos más ruidosos con las consecuencias para su salud y vida comunitaria descritas anteriormente.

Antes de pasar a describir las relaciones existentes entre la vida cotidiana de las personas y el ruido a partir de un estudio de caso concreto en la ciudad de Santiago, es importante señalar que el trabajo en terreno en el cual este artículo está basado fue llevado a cabo durante diez meses entre 2004 y 2005 en la ciudad de Santiago. Más específicamente, el estudio estuvo enfocado en 20 familias de escasos recursos que habitaban en un conjunto de vivienda social llamado Tucapel Jiménez II en la comuna de Renca, en el límite noreste de la ciudad.

Este conjunto es interesante como objeto de investigación porque es un buen ejemplo de los vicios y virtudes de la revolucionaria política habitacional en vivienda social llevada a cabo en Chile en las últimas décadas. Solamente entre 1980 y 2000 alrededor de 173.000 unidades de vivienda social fueron construidas solamente en Santiago (Tironi 2003, 35), siendo este programa especialmente exitoso en un área que, paradójicamente, ha sido uno de los principales problemas de las políticas de vivienda social en América Latina: que los beneficiarios de estas viviendas sean efectivamente la población de menores recursos (Rojas 2001). Pero el éxito de esta política habitacional también representa el desarrollo de nuevos problemas, muchos de ellos relacionados con el desarrollo de un nuevo tipo de exclusión que ha tendido a denominarse “nueva pobreza urbana” (Bengoa 1995; Wilson 1997). En términos habitacionales hay un cambio en la problemática, desde el problema de “los sin techo”, o la tradicional falta de vivienda decente para los pobres en los países en vías de desarrollo, al problema de “los con techo” (Rodríguez 2005) o el problema de los grupos de escasos recursos que ya tienen vivienda pero que sin embargo siguen teniendo agudos problemas habitacionales. María Elena Ducci (1997) identifica tres áreas de problemas principales ocasionados por las políticas de vivienda social actuales:

- La rápida transformación de los nuevos conjuntos de vivienda social en guetos, aislados del resto de la ciudad y con alta incidencia de problemas sociales como delincuencia, drogadicción, desempleo, etc.
- La mala calidad y el pequeño tamaño de las casas, junto con las dificultades (e incluso la imposibilidad) de hacer arreglos o ampliaciones.
- La disolución de redes sociales y solidaridades tradicionales debido al traspaso al conjunto y su reemplazo por valores de tipo individualista.

Como resultado de estos procesos “los residentes de estos conjuntos son personas que generalmente están insatisfechas con la calidad de su vida cotidiana” (Rodríguez 2005, 14). Por ejemplo, de acuerdo a los resultados de la Encuesta de Satisfacción Residencial en conjuntos de vivienda social (INVI 2002) un 45% de los encuestados manifestó que quería irse a vivir a otro lugar.

2. Íntimos extraños

Cuando se le preguntó a Patricia, una dueña de casa de 30 años y madre de cinco hijos, sobre la calidad de vida en la “villa”, como sus habitantes denominan al conjunto, ella respondió

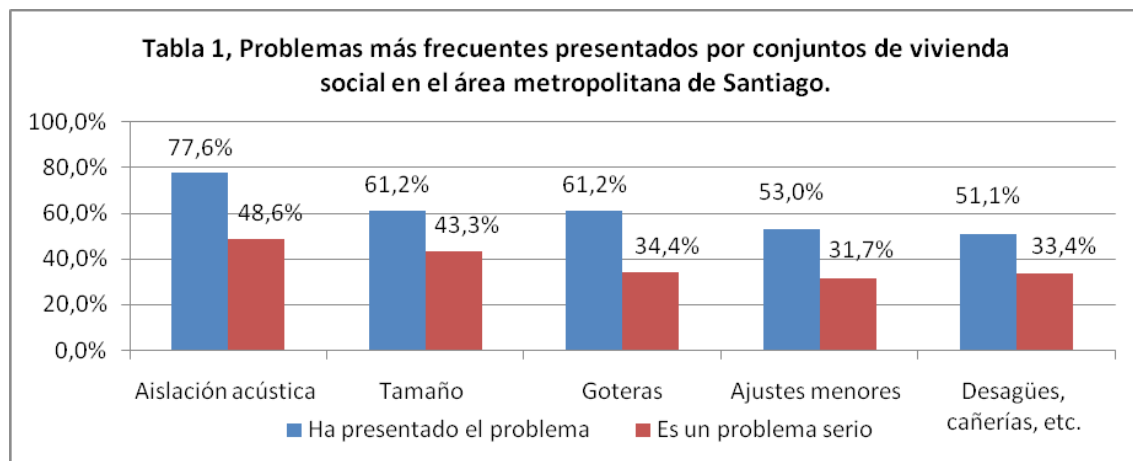
“Nosotros sabíamos que nos veníamos a un departamento, pero no sabíamos que íbamos a tener que convivir con 47 más, porque somos 48 por comunidad, entonces si en una familia como nosotros, que somos 7, hay problemas, entonces mayormente donde hay 48, que son todas de diferente carácter”

Esta cita ilustra claramente el problema general bajo estudio: la relación con extraños. Una de las características centrales de los conjuntos de vivienda social desarrollado en las últimas décadas, como Tucapel Jiménez II, es una tendencia a concentrar el mayor número posible de departamentos en el menor número posible de edificios (Tironi 2003). El resultado es más y más gente viviendo en lugares cada vez más pequeños con la consecuencia de que, como un entrevistado nos dijo, los vecinos se sienten como viviendo “en una caja de fósforos”.

Los residentes de este conjunto perciben que es difícil estar aparte unos de otros, incluso si lo desean. Esta proximidad física es empeorada por el hecho de que el conjunto siempre está lleno de personas. Debido a una diversidad de causas (la baja integración de la mujer al mercado del trabajo, los bajos niveles de asistencia a educación formal, los relativamente altos niveles de desempleo, etc.), incluso en días laborales al caminar por el conjunto este se nos presenta como un espacio saturado de personas, niños, mujeres, desempleados, generalmente con las puertas de sus hogares abiertas o utilizando áreas públicas como pasillos o escaleras.

El problema de esta situación surge por el hecho de que esta “proximidad” que caracteriza la vida en estos conjuntos de vivienda social no se limita a los espacios públicos. Incluso en los espacios íntimos del hogar, “detrás de las puertas cerradas”, los vecinos están comúnmente presentes, sino en términos físicos, al menos en otra forma igualmente intrusiva: el ruido. Estar dentro de un departamento de Tucapel Jiménez II significa comúnmente estar en contacto con lo que pasa en entorno inmediato a través de una diversidad de ruidos, desde música hasta el ruido de pasos.

La principal causa de este fenómeno es la mala calidad de las construcciones, las cuales casi no permiten aislar los departamentos de los sonidos externos (Ducci 1997; Rodríguez 2005). Una de las peores consecuencias de esta baja calidad de las viviendas es en relación con el aislamiento acústico entre los departamentos y con el exterior, como puede verse en la tabla 1. Esta presenta los cinco principales problemas que presentan las viviendas sociales en el área metropolitana de Santiago. Como puede verse, la aislación acústica de los departamentos aparecen como el problema más frecuente de estos, hasta el extremo que en casi la mitad de las viviendas (48.6%) este es un problema serio. Esta tabla pareciera comprobar los resultados de otra investigación sobre el ruido en los conjuntos de vivienda social llevada a cabo por Giuletta Fadda y Paola Jirón (2003) la cual concluyó que la contaminación sonora aparece como “uno de los peores indicadores de la calidad de vida” en conjuntos de vivienda social (p.102).



Fuente: (INVI 2002)

¿Por qué la aislación acústica es evaluada de manera tan negativa? Esto se debe, en gran medida a que “otra forma ‘no explícita’ de abaratar los costos de producción ha sido la utilización de los materiales más baratos, para lo cual se usan muros divisorios de paneles simples” (Ducci 1997, 24). Como resultado del uso de estos materiales, junto con la cercanía y la alta concentración de estos conjuntos, hace que la percepción de ruido dentro de las viviendas aparezca como uno de los principales problemas para sus habitantes.

Esta situación se ve agravada por el hecho de que los niveles de ruido ambiental en la ciudad de Santiago han aumentado sostenidamente en la última década (SESMA 2001). Este aumento, junto con la falta de una regulación específica para el control del ruido en las áreas residenciales (Caquimbo 2004, 43), hace que el problema del ruido en conjuntos de vivienda social como el estudiado sean aun más graves. Como Valeria, una mujer divorciada de 52 años que vive con sus cuatro nietos, nos dijo:

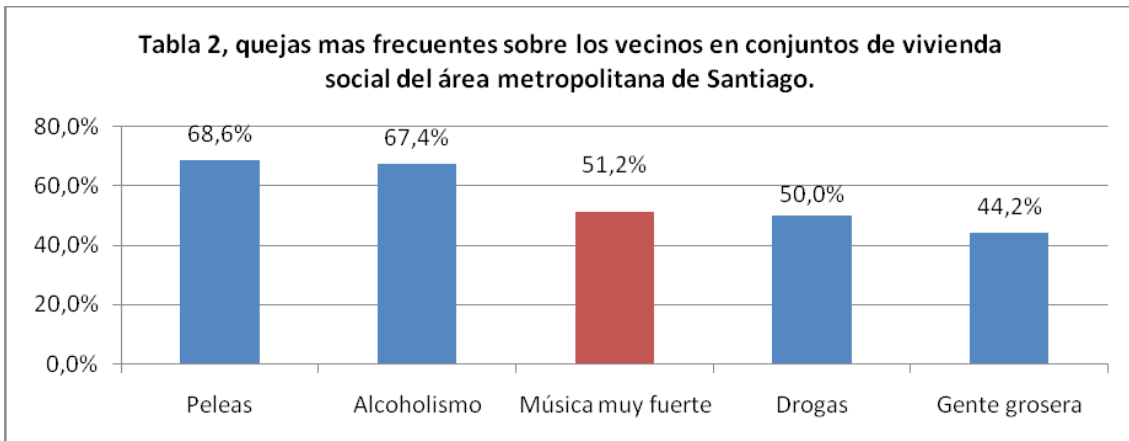
Aquí es diferente. Aquí es diferente en todo sentido, por que estando tan cerca y tan pegados, hace todo diferente... todo el mundo sabe lo que tú dices, de lo que hablas, lo que haces... [Aquí] el ruido está en todas partes.

En este sentido, uno de los objetivos más básicos del hogar moderno, el aislamiento de sus miembros del entorno físico y social (Kaika 2004), no se cumple a cabalidad. A través del ruido los vecinos pueden entrar en los espacios íntimos del hogar, obviamente sin ningún tipo de aviso o invitación, violando una de las aspiraciones básicas de sus habitantes: poder delimitar un espacio que sea completamente personal e íntimo.

De todos los tipos de ruidos externos que los habitantes de la Tucapel Jiménez II oyen en un día normal hay uno que destaca especialmente por su frecuencia e intensidad: el ruido que emite el uso de tecnologías de la comunicación, especialmente equipos de sonido. Como Diego, un hombre casado de 39 años, nos dijo en una de las entrevistas:

gracias a mis vecinos paso escuchando música todo el día, no necesito ponerla, la radio no me gusta mucho, no me gusta escuchar música, difícil, en el trabajo menos, puro ruido y trabajo, no me gusta la música, mucho ruido... está bien que cada uno tenga su música, pero que la toque sólo para ellos, eso nunca me ha gustado, aquí hay que tener paciencia, tampoco me voy a enojar con la vecina, hay que saber vivir y hacer las cosas bien, pero a mí la música sí que no me gusta

Este extracto representa el sentir de muchos vecinos, y no sólo en el conjunto bajo estudio sino en general en los conjuntos de vivienda social de la región metropolitana. Como podemos observar en la tabla 2, los alegatos acerca de que la música de los vecinos está muy alta constituyen el tercer motivo de queja mas común de los habitantes de vivienda social en Santiago, incluso por encima de problemas tan extendidos en sectores marginales como las drogas (INVI 2002).



Fuente: (INVI 2002)

El caminar a través de las calles y pasajes de Tucapel Jiménez II, especialmente en fines de semana, es verse inmerso en un mar de ruidos, la mayoría de los cuales son producidos por equipos de sonido y televisores ubicados dentro de los departamentos.

Alejandra, por ejemplo, una mujer casada de 30 años madre de cuatro niños, nos comentaba respecto de la música de sus vecinos

La música es muy fuerte. De hecho en las mañanas no pongo mi radio por que puedo escuchar las radios de los vecinos. Tampoco puedo abrir mi puerta...vivimos por seis años en otro lugar y no era como aquí. A veces ponían la música fuerte, pero era una casa. No es lo mismo una casa que un departamento. Aquí tú escuchas todo.

Como se puede desprender de este extracto, en la Tucapel Jiménez II el ruido producido por la música fuerte es una realidad siempre presente que permea todo. Si los habitantes del conjunto quieren evitar contacto visual con sus vecinos sólo tienen que quedarse dentro de su casa, como muchos de ellos hacen. Pero escapar del ruido es otra cosa, ya que, en contraste con la visión,

no podemos 'no escuchar' [listen-away] así como podemos 'no mirar' [look-away]. Estamos sin defensas contra el sonido. Usualmente ni siquiera podemos poner una barrera adecuada entre nosotros y la fuente audible; porque el sonido, a diferencia de la luz, no tiene sombra. Rodea la mayoría de los obstáculos" (Stokoe 2005, 670)

Del ruido difícilmente podemos escapar, especialmente en un entorno en el cual los materiales que supuestamente debieran protegernos contra esta "invasión" de la intimidad no existen o son de muy mala calidad. Como lo podemos extraer del caso de Alejandra, el ruido producido por la música de los vecinos es una realidad constante en sus hogares, atravesando puertas y murallas, y generando una sensación permanente de malestar y enojo.

3. El ruido como herramienta política

La pregunta que podríamos hacernos a estas alturas es ¿por qué la gente hace ruido? ¿Por qué lo habitantes de Tucapel Jiménez II ponen sus equipos de sonido a alto volumen aun sabiendo que esto va a molestar a sus vecinos? Una explicación posible, la cual va a ser explorada en esta sección, es que lo hacen por las potencialidades políticas del sonido. Más específicamente. por el hecho, como bien ha resaltado Attali (1985), de que el ruido les da poder al permitirles reconfigurar las coordenadas físicas de sus espacios de vida, al menos parcialmente, de acuerdo a sus propios intereses o aspiraciones.

Para explorar esta idea debemos primero observar el proceso de apropiación del espacio por parte de los habitantes de Tucapel Jiménez II. Al momento de realizarse el trabajo en terreno, las familias llevaban viviendo en este conjunto menos de dos años. Por esta razón para la mayoría de ellos el proceso de apropiarse de su nuevo lugar de residencia, de transformar el espacio anónimo y funcionalista de un conjunto de vivienda social en su “lugar” de residencia, un espacio significativo al cual se pertenece, estaba aun en marcha y en muchos casos solo en las primeras etapas de su desarrollo (Ureta 2006).

El problema es que dadas una diversidad de causas (sus bajos ingresos, la disolución de sus antiguas redes sociales, etc.) en el presente estado de su desarrollo las familias bajo estudio aparecen con muy pocas herramientas concretas para apropiarse de sus hogares y su espacio local de una manera concreta. En este contexto ellos tienen que usar medios alternativos para, al menos simbólicamente, llevar a cabo este proceso. Una de estas estrategias es el uso del ruido, especialmente en la forma de la música fuerte.

El uso de ciertos tipos de sonido para domesticar simbólicamente nuevos espacios tiene una larga historia en comunidades emigrantes y diásporas (Manuel 1997; Ramnarine 1996). Como Sarah Cohen afirma en su estudio de las comunidades de Judíos en Liverpool, “el lugar para muchas comunidades emigrantes es algo construido a través de la música con una intensidad difícil de encontrar en cualquier otra área de sus vidas sociales” (Cohen 1995, 442). Para estos grupos el uso de música tradicional de sus comunidades o países de origen, no solamente en reuniones públicas sino también en privado, comúnmente representa el establecimiento de una conexión entre sus nuevos espacios y la “madre patria” que se dejó atrás, permitiéndoles apropiarse de estos de una manera mas efectiva.

Pero aquí no estamos hablando de música que se escucha de forma comunitaria, sino de ruido producido por una persona y sufrido por el resto. Como vimos en la primera sección, un ruido no es cualquier tipo de sonido. Es un sonido que produce algún tipo de malestar, desde enojo hasta daño físico. Por sobre todas las cosas el ruido es experimentado como “destrucción, desorden, sociedad, polución y agresión en contra de los mensajes estructurados” (Attali 1985, 27). En ese sentido, difícilmente un sonido que es interpretado como un ruido puede representar a una comunidad para la gente que lo percibe.

Contrario a este uso comunitario del sonido, en el caso bajo estudio el ruido aparece como una estrategia clave para redefinir las características del espacio personal. En un entorno en el cual los materiales de sus casas son abiertamente permeables a ser traspasados por el sonido, el manejo del ruido se constituye en una herramienta para redefinir y establecer los límites que el espacio físico no puede asegurar. Para ellos “el sonido, la forma más líquida, empieza a representar la presencia física del territorio hogareño” (Arkette 2004, 164-165). A través del ruido ellos pueden reconfigurar los espacios del hogar y lograr la constitución de un espacio personalizado, aislado del resto de la población de Tucapel Jiménez II. El ruido es una herramienta para construir las barreras que la precariedad del espacio físico no provee.

El problema de esta situación es que la constitución de un espacio sonoro para el hogar en un entorno de alta concentración residencial como Tucapel Jiménez II siempre implica imponerles a otros un cierto espacio sonoro que estos interpretan como “el ruido del vecino” y que es ampliamente rechazado. Esta dialéctica entre espacios y sonidos públicos y privados esta siempre al centro de las disputas por ruido encontradas en el trabajo en terreno, como podemos ver en el caso de Cristóbal.

Cristóbal tiene 24 años, está casado y es padre de dos hijas. Él trabaja como vendedor en diferentes ferias ambulantes en la comuna de Renca y Pudahuel. En el momento en que se realizó esta entrevista él estaba teniendo frecuentes problemas con sus vecinos en relación al ruido.

Cuando me gusta [la música], me gusta escucharla fuerte... [pero] en el sentido del volumen de la radio igual guardo un respeto por los vecinos de acá, pero a ciertas horas sí, por ejemplo si quiero escuchar música a esta hora fuerte yo la puedo escuchar por que sé que todos están despiertos, pero pasado las 11:30 ahí ya no, con el volumen moderado no más... Hay vecinos que ponen la música muy fuerte y pasan a llevar a otros, por ejemplo el mismo vecino que tengo aquí al frente... aquí por la sencilla razón de que viven en departamentos te dice 'sabe vecino yo estoy en mi departamento y puedo escuchar lo que quiero', pero ellos no piensan que el volumen rebota en las murallas y se siente, aquí nadie tiene... si la persona es *ubicada*, tiene respeto por los vecinos, pero la persona que no es *ubicada* le da lo mismo, ¿me entiende?, pueden ser las 4 de la mañana y la radio puede estar afuera, el vecino de acá al lado te creo que escuche música fuerte, pero que no ponga el parlante en la puerta, ¿te imaginas un equipo de 4000 watts sonando?"

Para estudiar el alegato de Cristóbal es interesante fijarse en el doble sentido de la palabra 'ubicado'. En términos formales 'ubicado' significa "estar localizado, estar en un lugar", es decir tiene una relación con el espacio y la ubicación de los cuerpos en el. Pero en lenguaje coloquial ubicado también tiene cierta connotación moral que se refiere a una persona "que sabe comportarse adecuadamente en cada situación" (RAE 2001). Alguien que es ubicado es alguien que, por un lado, está localizado en cierto espacio particular y que, por el otro, sabe comportarse de manera adecuada en ese espacio de acuerdo a ciertas reglas socialmente sancionadas. Este es el doble sentido de la crítica de Cristóbal a sus vecinos, el desconocimiento de que se está ubicado en un contexto particular, tanto espacial (un departamento en Tucapel Jiménez II) como temporal (a las 4 de la mañana) y que por tanto hay ciertas reglas de comportamiento que deben ser respetadas. Como reconoce, a él también le gusta escuchar música fuerte (algo que seguramente también debe molestar a sus vecinos) pero a ciertas horas que le parecen correctas porque todos están despiertos.

En la base de este problema está la difícil relación que existe entre espacios materiales y espacios sonoros. Debido a la invisibilidad del sonido y su capacidad de traspasar los límites de lo material, la construcción de límites sonoros es una operación mucho más compleja que la de límites materiales. Los vecinos pueden ver donde empiezan y terminan sus casas, pero no donde empiezan y terminan sus espacios sonoros, porque estos "no siguen las mismas reglas que el espacio físico" (Arkette 2004, 166). En nuestras vidas cotidianas, los límites entre los espacios geográficos y sonoros raramente calzan. Buscar una perfecta simetría entre nuestros espacios materiales y sonoros es algo casi imposible y difícilmente pagable para la gran mayoría de los individuos. Como resultado de estos vivir con los ruidos de los otros se ha transformado en parte de la condición urbana desde los mismos comienzos de las ciudades modernas (Coates 2005; Garrioch 2003), con el resultado de que "parte del clamor de la modernidad es una pelea de sonidos públicos a medida que el espacio urbano se transforma en un área de conflicto acústico" (Cloonan 2002) 31.

No hay límites acústicos prefijados para el hogar. Estos límites tienen que ser establecidos en las prácticas sonoras cotidianas que conlleva habitar un espacio. Hoy, cuando existe un set de tecnologías de la comunicación que permiten amplificar estos sonidos de manera extrema, el manejo de estos límites se constituye en uno de los desafíos centrales que personas que habitan en un mismo espacio, como un conjunto de vivienda social, deben resolver.

Lo que tanto Cristóbal critica a sus vecinos no es el hecho de escuchar música fuerte. Lo que se critica es que quienes realizan esta actividad frecuentemente pasan a llevar el espacio sonoro de los otros, el derecho que cada habitante tiene a disfrutar de un espacio en el cual aislarse de los sonidos del entorno. Cuando los vecinos, al ser criticados, contestan “sabe vecino que estoy en mi departamento y puedo escuchar lo que quiero” (Cristóbal) lo que están haciendo es no reconocer la existencia de este espacio sonoro, aduciendo que el único espacio válido es el espacio material de su departamento dentro del cual, como ellos dicen, “pueden hacer lo que quieran”. Sin embargo para el resto de los vecinos esta situación no es así. El espacio del hogar no es solo interpretado como un espacio de intimidad material, sino también sonora, lo cual provoca los frecuentes conflictos por el ruido que hemos visto a lo largo de este artículo.

Conclusión

El ejercicio de la violencia a través de ruido genera diversas formas de resistencia por parte de los vecinos, algunas activas (como meter ruido a su vez), otras pasivas (acudiendo a carabineros a denunciar). Sin embargo la gran mayoría optaba por no hacer nada concreto contra la fuente del ruido y sus reacciones tendían a demostrarse más que nada en dos percepciones relacionadas: la devaluación del conjunto como espacio para vivir y la adscripción del problema a un cierto tipo de personas (“los del campamento”) que no saben comportarse. Ambas actitudes ocasionan una disminución importante en la calidad de vida de los habitantes, como se ha concluido de otros estudios similares en conjuntos de vivienda social del área metropolitana de Santiago (INVI 2002; Jiron 2003).

Las respuestas al problema del ruido nos indican también un hecho aun más central: la debilidad de la vida comunitaria y la crisis en las formas de representación y organización social en Tucapel Jiménez II. Pese a que el ruido es reconocido universalmente por los habitantes del conjunto como uno de los factores principales que disminuyen su calidad de vida, en el momento en que fue llevado a cabo este trabajo no se había desarrollado ningún tipo de medida o iniciativa común para combatir este problema. De hecho ni siquiera la posibilidad de actuar en conjunto en contra de este fue mencionada en ninguna de las entrevistas realizadas. Más allá de que algunos propongan soluciones no existía ningún tipo de consenso sobre la materia, o la intención de llegar a éste. Como en muchos otros aspectos de su vida en común, el tema del ruido era tomado con cierto fatalismo y pasividad por parte de los miembros de las familias bajo estudio: algo que siempre se sufría (porque esas “es la forma en que ellos son”) y que debiera ser solucionado por las autoridades, no por la comunidad organizada.

Como hemos visto aquí, la percepción de ruido tiene impactos negativos en la calidad de vida de un vecindario y en el grado en el cual sus habitantes sienten que pertenecen a este. En este caso podemos observar la doble naturaleza del sonido en el sentido de que “su orden simula el orden social, sus disonancias expresan marginalidades” (Attali 1985, 29). Si bien escuchar música a altos volúmenes para algunos vecinos representa cierto nivel de empoderamiento y control sobre el espacio sonoro que los rodea, para el resto esta práctica materializa una falta de reconocimiento y respeto en la forma de una intromisión no deseada en el espacio privado del hogar, una contribución directa a la sensación de extrañeza y alineación que impregna su vida cotidiana.

Debido a su carácter híbrido y cambiante, como vimos aquí, para la mitigación del problema del ruido (entendiendo que nunca va poder ser eliminado en su totalidad), y sus consecuencias negativas en términos de calidad de vida, no es solamente necesaria

una solución de tipo material o arquitectónica. Conjuntos menos concentrados o viviendas con mejores aislantes obviamente aparecen como un elemento necesario para avanzar en esta dirección, pero no suficiente. Por sobre estas tenemos que pensar el tema desde una óptica holística que permita integrar tanto elementos técnicos como sociales en la solución del problema.

Para llevar a cabo esta tarea necesitamos cambiar el foco con el cual entendemos la relación entre tecnología y pobreza urbana contemporánea, basada comúnmente en un análisis pastoral y determinista de esta. Pastoral porque se tiende a pensar a la pobreza urbana como fundamentalmente a-tecnológica, un último resabio de un supuesto estado natural de la humanidad, no lejano al modelo renacentista del “buen salvaje”. Determinista porque la tecnología aparece siempre como un elemento externo que automáticamente “impacta” en la condición de pobreza, de manera positiva (como en el caso de campañas como “un computador por niño”) o negativa (como en la actual condena de los grupos adinerados al sobreendeudamiento de los grupos de menores ingresos debido a la adquisición de electrodomésticos como televisores de pantalla plana).

En este contexto la mitigación del problema del ruido, y de muchos otros problemas en los cuales la tecnología participa activamente, requiere que dejemos atrás estas consideraciones y analicemos a la pobreza urbana como un fenómeno eminentemente sociotécnico, en cuya constitución las tecnologías participan activamente desde un principio y sin las cuales esta condición no puede entenderse. Equipos de música sonando a todo volumen, buses de Transantiago repletos, teléfonos celulares sin crédito, electrodomésticos a mal traer, casas con goteras en invierno. Todos ellos constituyen parte central no solo de la “experiencia” del ser pobre en la ciudad contemporánea (como comúnmente se los ha tomado) sino de la pobreza urbana en sí misma, tan relevantes en su emergencia como las malas escuelas, las bajas calificaciones laborales o la segregación residencial. Solo diseñando políticas públicas que tomen en consideración estos factores, y que apunten a soluciones de naturaleza híbrida en la cual lo técnico y lo social vayan siempre unidos, podremos mitigar los efectos negativos del ruido en las condiciones de vida de los segmentos de menores ingresos de nuestra ciudad.

Bibliografía

- Arquette, S.** 2004 'Sounds Like City', *Theory, Culture & Society* 21(1): 159-168.
- Attali, J.** 1985 *Noise: the political economy of music*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Bengoa, J.** 1995 'La Pobreza de los Modernos', *Temas Sociales, SUR* 3.
- Berglund, B., Lindvall, T., and Schwela, D.** (ed) 1999 *Guidelines for Community Noise*, Geneva: World Health Organization.
- Brainard, K., et al** 2003 *Modelling environmental equity: exposure to environmental urban noise pollution in Birmingham, UK - CSERGE Working Paper EDM 03-04*, Norwich: Centre for Social and Economic Research on the Global Environment - University of East Anglia
- Caquimbo, S., y Martínez, L.** 2004 *Sistematización y análisis de la normativa habitacional chilena según el concepto de bienestar habitacional - Documento de Trabajo 3*, Santiago: Instituto de la Vivienda, Universidad de Chile.
- Cloonan, M., and Johnson, B.** 2002 'Killing me softly with his song: an initial investigation into the use of popular music as a tool of oppression', *Popular Music* 21(1): 27-39.
- Coates, P.** 2005 'The strange stillness of the past: toward an environmental history of sound and noise', *Environmental History* 10(4).
- Cohen, S.** 1995 'Sounding out the city: music and the sensuous production of place', *Transactions of the Institute of British Geographers* 20: 434-446.
- De Hollander, A., van Kempen, E., and Straatsen, B.** 2004 'Community noise burden of disease: an impossible choice of endpoints?' in A. Ernst, and de Hollander, M. (ed) *Assessing and evaluating the health impact of environmental exposures*, Utrecht: Proefschrift Universiteit Utrecht.
- Ducci, M. E.** 1997 'Chile: el lado oscuro de una política de vivienda exitosa', *EURE* 23(69): 99-115.

- Evans, G., and Kantrowitz, E.** 2002 'Socioeconomic Status and Health: The Potential Role of Environmental Risk Exposure', *Annual Review of Public Health* 23: 303-331.
- Garrioch, D.** 2003 'Sounds of the city: the soundscape of early modern European towns', *Urban History* 30(1): 5-25.
- Gee, G., and Payne-Sturges, D.** 2004 'Environmental Health Disparities: A Framework Integrating Psychosocial and Environmental Concepts', *Environmental Health Perspectives* 112(17): 1645-1653.
- INVI** 2002 *Sistema de Medición Satisfacción Beneficiarios Vivienda Básica: Síntesis del Informe de Consultoría*, Santiago, Chile: Instituto de la vivienda, FAU-UCH, Ministerio de Vivienda y Urbanismo, Gobierno de Chile.
- Jiron, P., and Fada, G.** 2003 'Acoustic contamination and its impact on the quality of life in Chilean cities', *Geocarrefour* 78(2): 95-110.
- Kaika, M.** 2004 'Interrogating the Geographies of the Familiar: Domesticating Nature and Constructing the Autonomy of the Modern Home', *International Journal of Urban and Regional Research* 28(2): 265-286.
- Manuel, P.** 1997 'Music, Identity and Images of India in the Indo-Caribbean Diaspora', *Asian Music* 29(1): 17-35.
- RAE** 2001 *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid: Real Academia Española de la lengua.
- Ramnarine, T. K.** 1996 "'Indian" Music in the Diaspora: Case Studies of "Chtuney" in Trinidad and in London', *British Journal of Ethnomusicology* 5: 133-153.
- Rodriguez, A., y Sungranyes, A.** 2005 *Los Con Techo: Un desafío para la política de vivienda social*, Santiago, Chile: Ediciones SUR.
- Rojas, E.** 2001 'The long road to housing sector reform: Lessons from the Chilean housing experience', *Housing Studies* 16(4): 461-483.
- Schell, L. M., and Denham, M.** 2003 'Environmental Pollution in Urban Environments and Human Biology', *Annual Review of Anthropology* 32: 111-134.
- Sennett, R.** 2003 *Respect, The formation of character in an age of inequality*, London: Penguin books.
- SESMA** 2001 *Estudio de Actualización de Niveles de Ruido del Gran Santiago 1989-2001*, Santiago: Servicio de Salud Metropolitano del Ambiente - Gobierno de Chile.
- Stokoe, E., and Hepburn, A.** 2005 "'You can hear a lot through the wall': Noise formulations in neighbour complaints', *Discourse & Society* 16(5): 647-673.
- Tironi, M.** 2003 *Nueva Pobreza Urbana, Vivienda y Capital Social: Análisis Comparado 1985 - 2001*, Santiago, Chile: RIL-PREDES.
- Ureta, S.** 2006 *Machines for living in. Communication technologies and everyday life in times of urban transformation - PhD Thesis*, London: London School of Economics.
- Wilson, W. J.** 1997 *When work disappears: the world of the new urban poor*, New York: Alfred A. Knopf.